

cion ilimitada y una continua solicitud, que las madres sabrán apreciar bastante, en no alimentar su espíritu y su corazón sino con leche racional y sin fraude, con leche pura y fortificante de amor y de verdad.

2. Esta es la enseñanza literaria que nos comunica el espíritu cristiano: lo mismo la palabra que el pensamiento han de estar contenidos dentro de los límites de la verdad y del recato cristianos; pero es necesario concluir: puesto que la perfección literaria no puede tener por fin y objeto ella misma; puesto que al espíritu no le es dado entretenerse con las puerilidades de lenguaje y con los refinamientos de la forma; y por último, mediante á que el genio no llega jamás por sí solo á su total florecencia ni á su completa madurez sin una mira elevada que le llame sin cesar y le lleve á las regiones puras del espíritu, ¿cuál pues será el fin supremo del arte literario?... Trabajar por la gloria, se os dice. Para que vuestro nombre, ingenioso poeta, sea repetido de boca en boca y aplaudido por todos; para que vuestra memoria se perpetúe de siglo en siglo sustrayéndose á la inestabilidad del tiempo, trabajad por la gloria. Después de haber agotado vuestros talentos y vuestras fuerzas, después de haberlos consumido en vigiliias y trabajos, ¿estais bien seguros de pertenecer al número de esos dos ó tres genios privilegiados que apenas sobrenadan sobre las aguas de cada siglo? Si registrais los anales literarios de todos los pueblos, vereis cuan raros son los hombres cuyo nombre se repite corrientemente en las escuelas, sin ser por una mera curiosidad de los eruditos. Trabajad por la gloria: es decir, por un nombre que tal vez os faltará, por una ilusión que os sonríe y que os engañará. Mirad de frente la gloria; examinad esa quimera dorada que encanta á los artistas y seduce á los poetas; pesad en su justo valor ese ruido y esa humareda, y decidme si todo ello, si esa polvoreda que se lleva el viento, y ese sonido que espira en la profundidad de la tumba, es digno del hombre, digno del escritor; si todo ello puede satisfacer deseos más vastos que el mundo, colmar un corazón más hondo que los abismos, ni recompensar las fatigas del espíritu y la laboriosidad del pensamiento?

El espíritu cristiano exige de los hombres mayores y más raras ventajas que las de los aplausos y aún de las recompensas: exige que se hagan mejores. El no dice como el legislador de la musa francesa: ¡trabajad por la gloria! sino como la voz de la sana razón, como la voz más imperiosa y más dulce de la religión: trabajad por Dios. Trabajad por Dios es como decir: no espereis de los hombres, sacrificándoos por ellos, ni el reconocimiento de vuestras obras, ni

la recompensa de vuestros trabajos. Pensad en los grandes poetas que han terminado sus días con el pesar de no haber visto levantarse para ellos desde su lecho de muerte la aurora de la posteridad. Trabajad por la glorificación de una idea sublime, por la defensa de una noble causa, para consolar las almas que sufren ó los corazones quebrantados, para enmendar las conductas pervertidas y castigar á los inicuos. Y aquí el espíritu cristiano no se dirige exclusivamente á los genios y á los talentos superiores: habla á todos aquellos que hacen uso de la palabra, ya sea para tratar de la verdad, ya simplemente y desnuda de los negocios, ó ya con toda la elegancia y floridez de las musas, y les dice: Cualquiera que sea la parte de entendimiento que os haya cabido en suerte, por pequeños que seais, por baja que sea vuestra voz, no creais que Dios os olvide, ni temais que su vista no os descubra, ni que su oído no os escuche. Del mismo modo mira la flor de los valles que las cadenas de los montes, y de igual manera oye el grito de la golondrina que el estampido del trueno. Frecuentemente el perfume de la flor y la aspiración del pájaro son más gratos á su corazón, porque son más humildes y más piadosos.

Ved pues que es lo que dice el espíritu cristiano y como vigoriza todos los talentos, como consuena en los desencantos, como reanima el valor. Aún hace más, pues aleja todo peligro. Vosotros lo sabeis, señores: hay en la palabra una embriaguez irresistible. Naturalmente y por la rapidez de nuestro espíritu, amamos la palabra, y principalmente la palabra elegante y florida: ella nos embelesa, nos embriaga, y arroba nuestros oídos con la armonía de sus períodos y la música de su rima; arrebatada nuestro espíritu con la belleza de sus perfecciones y el resplandor de su gloria. Hallando el hombre en la palabra la imagen del pensamiento, le parece reproducirse dentro de sí mismo la antigua fábula de Narciso, y que todas las veces que su imagen se refleja en el límpido cristal de la palabra, se siente por ella tocado de una locura de amor. Entonces experimenta interiormente un movimiento de satisfacción y de orgullo, y como los insensatos de que hablan nuestros santos Libros, dice: *Labia nostra a nobis sunt; quis noster dominus est?* «Nuestros labios nos pertenecen; ¿quién es nuestro dueño?» De nosotros es nuestro bello lenguaje y nuestro talento: somos reyes por la palabra, reyes por la elocuencia, reyes por la poesía. ¿Quién es nuestro dueño? Nosotros llevamos el sello del talento; los pueblos se arrodillan para obedecernos y adorarnos. Tal vez encontrareis, señores, un poco forzada la fórmula de este orgullo; pero no teneis más que hojear la historia, y ella os

repetirá en lecciones serias, en sangrientas revoluciones y en ruinas lamentables cuanto nuestros Libros santos nos dicen en algunas aunque enérgicas y concisas palabras. De la idolatría de la dicción han salido males incalculables para la sociedad. Y si quisiéramos dar aquí una lección de filosofía remitiéndonos á lo que nos enseña la historia, veríais perfectamente que desde Babel, la embriaguez de la palabra ha producido muchos crímenes, el culto idolátrico de la forma literaria ha ocultado muchas torpezas, ha enloquecido á muchos hombres aún de talentos encumbrados, y concluiríais por último conviniendo, en que si se concediese la posibilidad de formar un pueblo con ellos, no habría ninguno más incapaz de gobierno que el que se compusiera de brillantes habladores.

Ahora vamos á exponer simplemente algunas consideraciones sobre los peligros de la palabra, y sobre los medios que emplea el espíritu cristiano para prevenirlos en la enseñanza literaria. Si los encantos del buen lenguaje son peligrosos aún para los espíritus mejor dotados, lo son mil veces más para unos niños cuya inteligencia empieza á concebir y á llevar algunas flores, primicias de una cosecha más importante y sólida. Los perfumes literarios trastornan fácilmente las cabezas jóvenes. En los primeros y hermosos días de la primavera, hay en la atmósfera tal fermentación de savia y de vida; hay tanta gracia y embeleso en las primeras flores y en los primeros perfumes, en las canciones de las aves de paso y en las hojas de los árboles reverdecidos; hay tal encanto en esta bella naturaleza, bien cante ó se agite, florezca ó se despliegue bajo la mirada de Dios, que uno se siente hecho presa de esta embriaguez, conmovido con estas palpitaciones, y fascinado con estas armonías. Así sucede á las jóvenes inteligencias, cuyo pensamiento se despierta al contacto de una luz fogosa y pura, y cuya imaginación brota sus primeras hojas como los primeros días de mayo. Entonces es cuando el espíritu cristiano templá estos ardores, sujeta estas intemperancias, y dirige este entusiasmo que nos hace sonreír con su naturalidad: entonces es cuando mezcla su enseñanza con la de la literatura, y dice á los jóvenes con su voz dulce y grave á la vez, que es necesario consagrar á Dios las primicias del pensamiento y las primeras flores de la palabra, como en otro tiempo los hijos de Israel lo hacían de las primicias de sus campos y de las primeras espigas maduras de sus mieses: que es preciso no dejarse sorprender ni desvanecerse con los hechizos de la palabra, y saber conducir el pensamiento á través de los artificios del lenguaje: que la palabra humana es demasiado preciosa para desperdiciarla en vanas frivolidades, y haciéndola resonar

en todos los tonos: que el divino Salvador la ha estimado en tanta altura, que nos pide cuenta hasta de las palabras inútiles: que la perfección literaria, así como todo género de perfección, no cabe en nuestra vocación cristiana; pero que las flores del lenguaje y los encantos de la poesía no deben servir de adorno más que al semblante de la verdad; y en fin, que el discurso en nuestra boca debe ser como un instrumento armonioso para celebrar los encantos de la virtud y las perfecciones de Dios.

Tal es, señores, la enseñanza del espíritu cristiano. Quizá os parecerá demasiado grave esta voz, y demasiado austera esta lección. Yo no me ofendo de ello; pero confío en que vosotros tampoco hallareis motivo para quejaros. El porvenir y el destino de la juventud son objetos demasiado serios para que nosotros omitamos ninguna ocasión de iluminar su espíritu y de fortificar su corazón, ningún medio de armarla de todas piezas para el día de la batalla; sin duda es culpa mía la de concluir con demasiada gravedad; pero ¿no serían demasiado frívolas las flores de la retórica, si no sirviesen para anunciar los frutos de la sabiduría? Desde luego, todo es serio, todo importante, cuando está en ello interesado el corazón. Preguntad á las madres si cuanto tiene relación con sus hijos ¿no despierta todas las solitudes de su espíritu, toda la ternura de su alma? ¿Si no ven sin cesar más allá del horizonte de nuestros ojos y de la vida presente, cuando se trata de su bien? Aún en sus caricias encuentran alguna cosa profunda y que las mueve á pensar; y no es peregrino que hasta en las lágrimas de alegría que derraman sobre su tierna y coronada frente, hallen una significación misteriosa y sentimental. Estas lágrimas no se secarán jamás: los ángeles las reciben para unir en el cielo esas perlas suaves á la corona del hijo y de la madre.

3. En fin, no me es posible dejar pasar sin respuesta una objeción que se me ocurre. Censor austero y triste, me dirán acaso ciertas preocupaciones, profesor imprudente; ¿no teméis con vuestras precauciones minuciosas y vuestras exageradas críticas, secar en su germen el entusiasmo tan natural en los jóvenes, y apagar por falta de alimento la necesidad de admirar, que constituye el fondo de su espíritu y el encanto de su naturaleza? Demasiado lo sabemos, que es necesario abrir á los jóvenes que se ejercitan en el buen lenguaje, un horizonte bastante dilatado, á fin de que su imaginación pueda desplegar con libertad sus alas nacientes: es necesario proponerles modelos que imitar, guías que seguir y obras maestras que admirar. ¡Oh! sí! guardémonos de comprimir esos arranques gene-

rosos, y de apagar ese fuego que puede iluminarles de un reflejo de génio y de santidad; al contrario, sepamos guiar los movimientos impetuosos, y poner un freno á jóvenes corceles cuyo ardor podría desperdiciarse, consumiéndose en vanos esfuerzos. No olvidemos sobre todo, que el espíritu no sabría separarse del corazón, ni el alma de los sentidos, y que es necesario en la enseñanza literaria considerar al hombre tal como él es, y no darle sino ejemplos de virtud al proponerle modelos de buen lenguaje.

Solo podremos admirar la fuerza y la fecundidad del espíritu cristiano examinando sus delicadas atenciones y su prudente reserva respecto á los entendimientos jóvenes y á las tiernas imaginaciones. ¿Ignorais que no hay un entusiasmo más bello, más noble, ni más santamente contagioso que el de la verdad, del sacrificio y de la fe? No puedo detallaros aquí las hermosas obras de ese entusiasmo que en la Edad media produjo maravillas de arte y de piedad, y en el siglo XVI obras maestras de discrecion, de elocuencia y de poesía, que podrían hoy por sí solas reflorar nuestra imaginacion y nuestro corazón: lo único que os diré es, que en este círculo que os parece quizá muy estrecho, y que nos ha trazado el espíritu cristiano, hemos encontrado sobrado aire y espacio para admirar génius brillantes, y lanzarnos en pos de ellos por las regiones puras de la eterna bondad.

Jóvenes, admirad, pero con mesura y precaucion, á los grandes hombres de la antigüedad pagana, tan grandes por las dotes del espíritu como por la expresion de las pasiones y las gracias del lenguaje. Dios no hizo al génio patrimonio del paganismo: quiso hacerle comprender que no se salvaría ni por sus grandes hombres, ni por sus heróicos capitanes, ni por la perfeccion del lenguaje, ni por los refinamientos del espíritu. Admirad esas almas del Parnaso antiguo: Homero, Esquilio, Platon, Demóstenes, Ciceron, Virgilio, Horacio, Tácito; pero lamentad que esas liras armoniosas no se ejercitasen frecuentemente en cantar la virtud, que esos historiadores no comprendieran la accion de la divina Providencia sobre los pueblos, que esos oradores acostumbraran mezclar los intereses de su amor propio y de su ambicion con los sagrados de la pátria, y que esos filósofos, habiendo conocido á Dios, no le prestaran un público y solemne homenaje; y ved, en fin, cuan incompletos son los ingenios más distinguidos, y cuan peligrosos los dones de los espíritus más sublimes, si no están iluminados por las luces de la Revelacion y atemperados por la gracia del Evangelio. Nosotros os hemos introducido en un mundo mejor, en medio de una luz más pura. Ved como junto á la cruz el pensamiento humano, penetrado de la gracia divina, se ha-

ce humilde y fuerte, recto y luminoso, y como enternece la palabra con la uncion del espíritu, no brilla solamente á los ojos, sino que se apodera de las almas y cambia los corazones. No se trata de moldurar la forma á expensas del pensamiento, ni de cubrir con las magnificencias del lenguaje las fealdades de la corrompida naturaleza: sólo, sí, de extender la luz y la caridad en las almas, y para esto todas las organizaciones son susceptibles, desde los más humildes solitarios hasta los soberanos pontífices, desde la mística simplicidad de Hermas hasta las pompas oratorias de san Juan Crisóstomo. Allí es donde podreis admirar sin peligro, si no la perfeccion irreprochable de la forma, al ménos el vigor del pensamiento, la energía de la fe, la impetuosidad del entusiasmo, el ardor de la caridad, la uncion de la oracion, y la varonil elocuencia de Tertuliano, y la amplitud energética de S. Cipriano, y la elegancia oratoria de S. Gregorio Nacianceno, y la vivacidad de S. Gerónimo, y la profundidad de S. Agustin, y la oleosa sensibilidad de S. Ambrosio; y trepando por las pendientes de la Edad media, la claridad dulce y profunda de S. Gregorio el Grande, la elocuencia inflamada de S. Bernardo, el luminoso resplandor de Sto. Tomás, la seráfica poesía de S. Buenaventura; y durante la misma Edad media tan turbulenta, tan llena de vida y de energia, de fe y de entusiasmo, las sencillas y piadosas leyendas, los primeros tartamudeos de nuestras lenguas modernas, los primeros acentos de nuestros trovadores, que mezclaron demasiado pronto las impurezas del paganismo clásico con los encantos naturales de su imaginacion. Saludemos el génio del Dante, solitario en las cumbres teológicas y místicas de la poesía cristiana; y descendiendo por el lado opuesto de esta montaña, admiremos al autor del libro de la *Imitacion*, que no profanaremos si le titulamos la obra maestra de la literatura mística. Descendamos de esta suerte hácia la corriente mezcla de este renacimiento tan ponderado, hácia ese movimiento fecundo y desordenado, en que el paganismo clásico hizo irrupcion en el dominio del arte y de la poesía, hasta allí cristiano. Escuchad las lecciones de Luis de Granada y de S. Pedro de Alcántara; leed las obras de Fr. Luis de Leon, de Estella, de Calderon, de Tirso de Molina, de Lope de Vega, de Moreto, donde tanto ha tenido que aprender la buena escuela dramática francesa y su literatura; recorred las historias de Mariana, de Argensola, de Ercilla, de Moncada, de Solís; consultad las producciones de Tostado, de Lugo, de Toledo y de otros profundos canonistas y teólogos.

Y si á pesar de la sublimidad de estos génius, tanto más admirables cuanto más se les estudia, despues de comparados con los produ-

cidos por nuestra literatura moderna, aún no queda satisfecha vuestra admiración, nos subiremos más alto, y dejaremos la tierra para perdernos en los infinitos esplendores del pensamiento divino. Treparemos por las embalsamadas pendientes del Carmelo, nos detendremos en la cumbre del Libano coronado de cedros, y contemplaremos desde allí el vuelo de los poetas inspirados meciéndose entre el cielo y la tierra. Moisés nos ha referido con la inefable y magestuosa simplicidad del Génesis la creación del mundo y la vida de los primeros patriarcas; Job nos ha dejado oír el grito sublime de sus dolores, desenvolviendo ante nosotros el magnífico cuadro de la naturaleza; David ha vibrado en nuestros oídos las cuerdas de su lira, y le hemos escuchado cantar las perfecciones de Dios, los suspiros del alma y los esplendores de la creación; Salomón, en sus proverbios elegantes y concisos nos ha enseñado la sabiduría, y embriagado nuestra imaginación y nuestro corazón con los suaves y místicos perfumes del cerrado jardín de los *Cánticos*. En fin, Isaías, colocándonos sobre las alas de su entusiasmo, como el águila lo hace con sus polluelos, nos ha conducido hasta el seno de la Divinidad, nos ha mostrado la futura caída de los imperios; y elevándose al oriente desde lo profundo del desierto, nos ha hecho ver la nueva Jerusalén brillante con los resplandores evangélicos. Desde esas sublimes regiones descendiremos con el Verbo hecho carne, y por la ribera que bañan las olas del mar de Galilea, oiremos la adorable mansedumbre del Salvador que alimenta á la multitud con el pan de su palabra; nos conmovemos con los enérgicos acentos de la elocuencia de los apóstoles; admiraremos la profundidad del espíritu de S. Pablo, y en la perspectiva lejana del porvenir, entreveremos las visiones misteriosas del Discípulo muy amado.

Jóvenes: he recordado algunos nombres gloriosos, y podría recordar mil y mil en todos los ramos de la ciencia, para demostraros que sólo hay luz donde hay fe. Los que á la fe resisten se quedan sin luz, se quedan ciegos como el mago Elimas, que resistió á la palabra de S. Pablo. Sea vuestra literatura profundamente cristiana; derramad con ella la luz, ensalza la fe bajo cuyas profundidades se encuentran los tesoros más preciosos; y de este modo contribuireis á la salvación de la sociedad, merecereis los aplausos de todo hombre sensato, y alcanzareis la vida eterna que os deseo.

EXCUSAS DE NO VIVIR SANTAMENTE.

Vidi turbam magnam, quam denuerare nemo poterat, ex omnibus gentibus, et tribubus, et populis, et linguis, stantes ante thronum.

Vi una gran muchedumbre que nadie podía contar, de todas las naciones y tribus, y pueblos, y lenguas, que estaban ante el trono (de Dios).

(Apoc. vii, 9)

La Iglesia, esta Esposa del Cordero, esta Madre piadosa, después de haber honrado á los Santos en el discurso del año con fiestas particulares, les honra hoy con una fiesta común, para imitar, dice San Agustín, aquella fiesta eterna que Dios celebra con ella en el cielo. Si, cristianos, la Iglesia corre hoy el velo de aquel santuario que vió el amado Evangelista, y nos descubre el cielo lleno de Santos de todas las gentes, tribus, pueblos y lenguas, no sólo para que admiremos las maravillas que Dios ha obrado en sus Santos, y la gloria de que gozan, sino también para animarnos con la multitud de sus ejemplos, para enseñarnos con la variedad de sus virtudes, y para recordarnos que también nosotros hemos sido llamados á la misma santidad, y á disfrutar de la misma gloria de que ellos gozan; porque esta es la vocación general de todos los hombres, y particular de los cristianos. Sereis santos, dice el Señor, porque santo soy. *Yo sancti eritis, quia Ego sanctus sum.*

Mas, á pesar de esta verdad fundamental, sobre la cual debe estribar la conducta de todos los hombres, y particularmente la de todos los cristianos, no hay cosa más común, cuando se trata de santidad, que alegar excusas sobre excusas para no vivir santamente. Se alega la falta de auxilios y de gracias especiales, la violencia de las pasiones, el genio y el natural, la edad, el estado, la corrupción del siglo; y se alegan otras muchas cosas, que sería largo referirlas y más largo refutarlas. Yo me limitaré en este día á rebatir y destruir las que dejo apuntadas, que son las principales, y por consiguiente quedarán destruidas las demás. Haré ver, y esto será todo mi asunto, haré ver que no vivir en la santidad, á que hemos sido llamados, no consiste ni en la falta de auxilios y de gracias, ni en la violencia